



Gobierno, exclusión social y conflicto en Sierra Leona

La prolongada guerra de Sierra Leona es uno de los recientes conflictos civiles cuyo análisis nos plantea un dilema. Por una parte, parece ejemplificar la tendencia hacia la utilización de la violencia como instrumento político en estados patrimoniales débiles. Los analistas relacionan esta tendencia con la globalización, el fin del mundo bipolar de la guerra fría, y las reformas económicas exigidas por los organismos internacionales como condición *sine qua non* para acceder a créditos. Todos estos factores, argumentan, han supuesto una importante mengua de los recursos a los que las respectivas elites tenían acceso. Desde el momento en que las elites abandonan la responsabilidad de defender los intereses públicos para dedicarse a sus intereses privados, la violencia y el caos se convierten en endémicos. En un contexto como este, los diversos grupos de interés y los oportunistas prefieren sacar provecho del vacío de poder más que intentar llenarlo. Estos grupos, entonces, se ven envueltos en una violenta dinámica de saqueo de recursos que, muy a menudo, está relacionada con el establecimiento de beneficiosas alianzas con gobiernos y empresas extranjeras¹.

Por otra parte, es generalmente aceptado, incluso por parte de los analistas que rechazan mirar más allá de los motivos económicos para explicar los conflictos civiles, que los líderes rebeldes deben inculcar a sus seguidores un sentido moral común, para que estos últimos encuentren un sentido al hecho de arriesgar sus vidas en el campo de batalla². Estas estrategias de motivación ahondan en el sentimiento de alienación que sufren muchos de los reclutados. Los estados débilmente burocratizados de África ofrecen un campo muy fértil para este tipo de experimentos. Las identidades locales y el peso de lo colectivo, se nos dice, continúan siendo predominantes en el África moderna, en claro contraste con el cosmopolitismo y el carácter individualista de la modernidad occidental. Por consiguiente, el estado africano se esfuerza por emanciparse a sí mismo de la «sociedad». Los grupos étnicos, los barrios y los lazos de parentesco representan fuentes de identidad y de seguridad tanto para la población urbana totalmente expuesta a la globalización como para población rural mayoritaria³. Los políticos y burócratas tienden a mantener su lealtad principal con este tipo de colectividades, y el clientelismo

* Richard Fanthorpe, University College de Londres.

reaparece como una suerte de «economía moral»⁴. Así, las crisis en la capital generan agresivas reacciones políticas de carácter autóctono que reivindican la autenticidad cultural y, cuando se produce el colapso del estado, el gobierno efectivo pasa a ser controlado por estas colectividades. Sin embargo, a pesar de las bandas de criminales y de saqueadores de recursos que hemos mencionado anteriormente, los principales actores de estas colectividades mantienen una coherencia moral y de organización y, por consiguiente, conservan la posibilidad de la reconstrucción estatal⁵.

A primera vista, el primer escenario parece ser el que mejor encaja con la situación de Sierra Leona. El régimen del *All People's Congress* (APC), construido por el antiguo presidente Siaka Stevens, mantuvo la hegemonía durante dos décadas gracias al aprovechamiento de los sectores más productivos de la economía (los diamantes y el cambio de divisas) para afianzar sus redes clientelistas. Las licencias para la explotación minera se otorgaban como favores políticos y, en lo que se refiere a la obtención de tipos de interés artificialmente bajos, la industria fue desbancada por la importación de comida y otros bienes de consumo. Estas estrategias hundieron tanto la producción agrícola como las empresas que se vinculaban a ella, y ayudaron a instituir las relaciones de patronazgo como el requisito previo para acceder tanto a la educación como al empleo. La hegemonía del APC empezó a fragmentarse cuando, tras la retirada de Stevens en 1985, el flujo de divisas empezó a menguar. Tanto los acólitos como los opositores al régimen se vieron afectados por la contracción del sector de servicios, así como por el deterioro de la infraestructura⁶. Con el alzamiento insurgente del *Revolutionary United Front* (RUF) en marzo de 1991, esta tendencia alcanzó su punto más alto. Este grupo armado, apoyado por Libia, entró en Sierra Leona desde Liberia, donde habían reclutado a jóvenes disidentes y exiliados de Sierra Leona que se habían visto envueltos en la guerra civil liberiana⁷.

La guerra de baja intensidad que empezó desde aquel momento, y que se reproduce de manera endémica, es bien conocida⁸. Sólo cabe recordar aquí que el moribundo gobierno del APC perdió muy pronto el control del Ejército, el *Republic of Sierra Leone Military Force* (RSLMF). Ni el *National Provisional Ruling Council* (NPRC) que tomó el poder tras el golpe de abril de 1992, ni la coalición de gobierno escogida democráticamente que le sucedió en el poder, liderada por el *Sierra Leone People's Party* (SLPP), pudieron recuperar el control del Ejército. Se intentó reemplazarlo con otros cuerpos de seguridad que podían ejercer las mismas funciones, como por ejemplo la *Executive Outcome* (una agencia de seguridad surafricana con intereses en el sector minero), o los *kamajois* (una milicia contra-insurgente de base étnica asociada con los grupos de caza tradicionales), o el Ejército de Nigeria (operando bajo bandera del ECOMOG, *Economic Community of West African States Monitoring Group*). Ninguno de ello pudo imponerse al RUF, y

en algunos casos sólo contribuyeron a incrementar el saqueo y el terror padecidos por la población civil. El RSLMF fue oficialmente disuelto en 1998 tras siete vergonzosos años de saquear, complotar contra el gobierno (dos de las veces con éxito) y enfrentarse con el RUF. Algunas de sus unidades continúan en activo como milicias privadas.

Como la soberanía territorial de Sierra Leona se redujo *de facto* al distrito de la capital, en el oeste del país, muchos miles de personas se refugiaron en las grandes ciudades (especialmente en Freetown) y en los países vecinos. Gran parte de la elite de Freetown optó por exiliarse fuera de África. El RUF supo sacar un excelente provecho del caos imperante. A pesar de toda su retórica revolucionaria y nacionalista, se ganó la odiosa reputación de abusar contra los derechos humanos (ejecuciones sumarias, violaciones y mutilaciones incluidas) de la población civil. Algunos de estos abusos parecen haber sido precedidos por torturas psicológicas de un embrutecimiento sobrecogedor⁹.

Los depósitos aluviales de diamantes existentes en Sierra Leona han procurado a todos los grupos beligerantes la financiación necesaria para abastecerse directamente de armas del mercado internacional. Un argumento que se ha repetido constantemente, entre la prensa y también entre los investigadores académicos, es que los grupos que se oponen al RUF –sea el RSLMF, sean civiles agrupados en milicias de defensa, sean las fuerzas internacionales de paz– se han puesto directamente de acuerdo con los insurgentes para pactar periodos en los que ambas partes se dedican al saqueo de la población y a la búsqueda de diamantes¹⁰. Recientemente algunos gobiernos occidentales han acusado abiertamente a Charles Taylor y a Blaise Compaoré, presidentes de Liberia y de Burkina Faso, respectivamente, de abastecer al RUF y de facilitar una salida al mercado para sus diamantes¹¹. En julio de 2000, en un esfuerzo por cortar toda financiación internacional al RUF, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó una resolución para imponer un embargo total a la venta de diamantes en bruto de Sierra Leona. Preguntado sobre esta resolución, Ibrahim Kamara, el representante permanente de Sierra Leona en la Naciones Unidas, descartó que hubiera ningún malestar social que fuera la causa del conflicto. Las raíces de la guerra, argumentó, «han sido y continúan siendo los diamantes, los diamantes y los diamantes»¹².

La mayoría de los analistas, sin embargo, están de acuerdo en que ha habido un amplio componente de malestar social entre la población de Sierra Leona, y entre la juventud en particular. El porcentaje de niños con acceso a la educación primaria en Sierra Leona ha caído desde 52% en 1982 hasta menos del 40% en 1987, con el agravante de que, desde la independencia, nunca había sido inferior al 50%. El porcentaje del total de población alfabetizada también se sitúa entre los más bajos de África (15% en 1987). Estas estadísticas permiten hacernos una idea de la estruc-

tura de la economía. Más del 70% de la fuerza de trabajo de Sierra Leona está ocupada en la agricultura, la mayoría en niveles de producción de autosubsistencia¹³. Paul Richards pone en evidencia cómo una gran parte de la juventud de Sierra Leona, modernizada por la educación y influenciada por los medios de comunicación de masas, se muestra ansiosa por desembarazarse del yugo rural. Richards sugiere que los efectos alienantes resultantes de la crisis del estado se han visto magnificados en el caso de este sector de población, pues es el que más ha visto frustradas sus expectativas de progreso social¹⁴.

De todos modos, muchos analistas consideran que la modernidad siempre ha sido vivida como una ruptura por parte de la juventud de Sierra Leona. Por ejemplo, en los barrios marginales de Freetown de la década de los 1940, Ibrahim Abdullah encuentra los orígenes de una subcultura juvenil de matriz rebelde, individualista y consumista. Estas bandas de «lumpen», argumenta, proporcionaron a la elite del APC un buen conjunto de buscadores de diamantes, pequeños contrabandistas e intimidadores políticos. Estos «lumpen», progresivamente abandonados por las redes clientelares del estado durante la década de 1980, buscaron nuevas estrategias para sobrevivir. Algunos se enrolaron en el RUF cuando éste era todavía un movimiento clandestino, y es posible que llegaran a desbancar a los estudiantes radicales que ostentaban el liderazgo original. Ante la falta de disciplina tanto política como personal se dedicaron a sembrar el caos más que la revolución¹⁵. Jimmy Kandeh afirma que este es el mismo proceso que infectó al RSLMF cuando, durante la guerra, tuvo que ser rápidamente ampliado para contener la amenaza del RUF. El terror era el único elemento del poder que estos jóvenes «lumpen» podían entender. Los ataques sobre las zonas rurales, tanto por parte del RUF como de las crueles unidades del RSLMF, proporcionaba no sólo las necesidades básicas del día a día sino también un constante flujo de individuos socialmente desarraigados, cuyas únicas opciones eran o refugiarse fuera de la zona infestada por la guerra o bien sumarse a sus perseguidores y producir más terror. Kandeh concluye que se entiende mejor esta guerra si la consideramos como un violento proceso de «masificación» social; sus principales actores no son los políticos ni los generales, sino los jóvenes y brutales oficiales del antiguo RSLMF así como los comandantes de campo del RUF¹⁶.

Este especie de enfermedad moral también parece haber afectado a organizaciones diseñadas específicamente para combatirla. La milicia *kamajoisia* es el mejor ejemplo. Como tantas otras milicias fundadas durante tiempos de guerra, los *kamajoisia* usan métodos de iniciación ritual con el fin de inculcar disciplina y lealtad entre los reclutados, y hacen un uso innovador de la antigua tradición cazadora existente en distritos y grupos étnicos particulares. Patrick Muana describe cómo los *kamajoisia* se reclutaban en los campos de refugiados del sureste, una de las zonas más maltratadas por la guerra. Las autoridades locales –los detentores del

gobierno local en las zonas rurales– colaboraban con las agencias de ayuda humanitaria en el registro de las personas desplazadas. De manera parecida a como se organizaban los grupos de trabajo durante la colonia, los líderes de la embrionaria milicia pidieron a las autoridades locales que seleccionaran a gente joven de ascendencia mende en los que se pudiera confiar, con el fin de entrenarlos y inducirlos al combate. Una vez con la formación adecuada, los combatientes serían devueltos a su lugar de origen donde serían encuadrados bajo un mando leal a la autoridad local respectiva¹⁷.

Este sistema operativo tenía también algunos puntos débiles. Al principio, los *kamajoisia* demostraron ser una fuerza contrainsurgente altamente motivada y muy efectiva. Sin embargo, los problemas empezaron a surgir cuando el gobierno del *Sierra Leone People's Parties* (SLPP) –de ascendencia mende– intentó emplearlos como fuerza de seguridad del estado. Las líneas de mando y el control de todo el proceso eran débiles y, por consiguiente, el precio pagado por un rápido crecimiento de la milicia parece haber sido un relajamiento de los procedimientos de selección de los candidatos. Muchos de los nuevos reclutas parecen haber entendido su iniciación como una licencia privada para extorsionar a la población en los controles de las carreteras, así como para impartir justicia sumaria a todo aquel sospechoso de estar afiliado al RUF. Pronto empezaron a aparecer, en número cada vez más elevado, niños soldados y otros no iniciados que reemplazaban en sus puestos a miembros *kamajoisia* más veteranos¹⁸.

Las entrevistas realizadas por Krijn Peters y Paul Richards a ex combatientes esperando ser desmovilizados, durante las negociaciones de paz de 1996, nos acercan al callejón sin salida en el que se ha encontrado la juventud de Sierra Leona. Ex combatientes de ambos bandos expresaban su enfado ante una elite política que, según decían, ha abandonado a su suerte a los habitantes de Sierra Leona mientras se apropiaba de la riqueza del país y monopolizaba las facilidades educativas y sanitarias procedentes de Occidente. Algunos han encontrado un sucedáneo de la formación académica que nunca llegaron a tener en la formación militar; así como la camaradería surgida entre miembros de una misma unidad ha servido, en algunos casos, para paliar en cierta medida los traumas de la guerra y sobrellevar la pérdida de la familia y de la comunidad¹⁹.

Richards prosigue esta línea argumentativa cuando sostiene que la extrema alienación implícita en las atrocidades cometidas por el RUF contra la población civil es, en gran medida, una consecuencia del propio conflicto. Sugiere que el programa político inicialmente proclamado por el RUF –expulsión del APC del gobierno, restauración de la democracia multipartidista y mejor redistribución de la riqueza entre la población– era sincero. Sin embargo, los insurgentes habrían cometido, en las primeras fases del conflicto, un tremendo error táctico al asesinar

de modo sistemático a autoridades locales y a pequeños funcionarios del estado. La mayoría de las poblaciones afectadas, lejos de agradecer a los insurgentes por su «liberación», emprendieron la huida horrorizadas. Incapaces de mantener una guerra convencional, la insurgencia se retiró a la selva y, según sugiere Richards, en aquel aislamiento ensayaron la construcción de una sociedad alternativa. Allí, los campamentos se organizaban siguiendo unas normas estrictamente igualitarias, premiando el mérito y los compromisos adquiridos independientemente de la edad, el sexo o la adscripción étnica y religiosa. A pesar de todo, el movimiento insurgente sólo pudo construir este mundo feliz asolando previamente el antiguo. Los niños y los jóvenes, preferentemente aquellos con algún grado de alfabetización, fueron reservados para el adoctrinamiento político y la formación militar. Los demás cautivos –principalmente los adultos analfabetos– fueron destinados al trabajo forzado. El movimiento tuvo éxito en conseguir combatientes con un nivel muy alto de motivación, a los que se podía confiar, aún cuando no tuvieran contacto con sus superiores por largos periodos de tiempo, el mantenimiento de la iniciativa y el sentido de la misión encomendada. Con todo, el precio de este éxito fue la progresiva antipatía que los mandos del RUF mostraban hacia el sector de población que no se «convertía». Según el punto de vista de Richards, pues, las atrocidades cometidas por el RUF han de ser entendidas como un reflejo del imprevisto proceso de sectarización sufrido por este movimiento²⁰.

Y aquí es, precisamente, donde yace el dilema. Si el conflicto fuera únicamente una lucha por el control de los recursos, sería de esperar que los actores principales del conflicto fueran los políticos u otros miembros de la elite local, bien situados para apoderarse de las materias antes de que el estado se colapsara. Por otro lado, si la crisis del estado y el derrumbe de un régimen fueran las causas principales, sería de esperar que los jóvenes «lumpen» estuvieran prestos a identificarse con su lugar de origen, con las colectividades locales (reales o imaginarias) que, seguramente, asumirían la responsabilidad de denunciar la alienación sufrida por sus jóvenes urbanos como un elemento más de la reivindicación de sus derechos étnicos y culturales.

Una investigación reciente llevada a cabo por Caspar Fithen nos ofrece nuevos elementos para abordar este dilema. De la información que Fithen aporta se desprende que los *kamajoisia* no son una organización unitaria. Sus dos facciones más importantes funcionan de manera autónoma, y están localizadas en los territorios circundantes a las ciudades de Bo y Kanema, respectivamente. Del mismo modo, continúa Fithen, la milicia *Kapra*, de ascendencia temne, está localizada en las unidades administrativas locales (*chiefdoms*) adyacentes. La milicia *Dosoa*, de ascendencia kono, también está circunscrita a su *chiefdom* respectivo. En todos los casos las obligaciones de los miembros de la milicia van más allá de las cuestiones defensivas, incluyendo el trabajo estacional en los ricos depósitos locales de

minerales. Fithen concluye que las milicias «de cazadores» han de ser entendidas, al menos en parte, como el medio con el que las autoridades locales y sus aliados capitalistas han logrado reemplazar a los desarraigados trabajadores «lumpen» por gente nacida en la región (y por lo tanto socialmente relevante) que, en un contexto de conflicto endémico de baja intensidad, pueden ofrecer a la vez los servicios de trabajo y de defensa²¹. Esto también implica que el fracaso sufrido por los *kamajoisia* cuando intentaron convertirse en una fuerza de seguridad del estado –y en un movimiento político de masas– se debe a su naturaleza organizativa intrínsecamente local. Los criterios de inclusión social de carácter localista y particularista operan de manera efectiva en el aglutinamiento de pequeños grupos, pero limitan de modo importante sus posibles procesos de expansión. Ya sea jerarquizando los signos de identidad, es decir, multiplicando los puntos de entrada, ambas vías hacen perder rápidamente la coherencia organizativa del grupo²².

Los *kamajoisia* y las otras milicias «de cazadores» son fruto del colapso del estado y de la guerra. Una gran cantidad de literatura académica sugiere que el extremo localismo de los criterios identitarios y de pertenencia son una característica típica de la vida social y política de las zonas rurales de Sierra Leona. Por ejemplo, en un estudio reciente llevado a cabo en Kainkordu, una ciudad pequeña del distrito de Kono, Kris Hardin aprecia que el sistema clánico y los lazos históricos facilitan a la gente la posibilidad de establecer relaciones sociales a lo largo de un área muy extendida. A partir de esta constatación ella continúa su argumentación:

«En contraste con la identidad en el plano temporal... la identidad tal como se establece en el espacio es algo mucho más limitado y concreto. Se basa en un surtido de acciones rituales que realmente adscriben al individuo a lugares muy particulares, otorgándoles derechos y obligaciones en relación con las demás personas que comparten con él dichos espacios. Allí donde uno ha nacido, allí donde se inició en el Sande o en el Poro (cultos específicos de cada género), allí donde se encuentran enterrados sus ancestros o allí donde uno mismo va a ser enterrado son los criterios que limitan el reconocimiento tanto de la identidad como de los derechos y el estatus que otorga la ascendencia y el sistema de parentesco. Los rituales que asocian a un individuo con un lugar concreto tienen lugar en momentos críticos de cambio. Estos rituales ligan al individuo en cuestión con aquel determinado lugar y con los ancestros asociados a él. Además de legitimar los derechos sobre aquel lugar, estas representaciones públicas tienen la función de, dificultando que los demás olviden la genealogía esencial de aquel individuo, evitar futuras reclamaciones por parte de terceros.»²³

Ruth Finnegan, escribiendo acerca de una región vecina de lengua limba durante la década de 1960, coincide en los mismos puntos:

«Una de las razones por las que un hombre vuelve a su lugar de origen desde la ciudad donde se gana la vida es porque las tumbas de sus muertos están allí; una de las razones por las que una autoridad local no desea abandonar su población es porque sus ancestros, las recordadas autoridades del pasado, se encuentran enterrados allí... Para los limba los muertos representan los lazos sociales que les unen al poblado, donde todos los que viven se consideran descendientes de los mismos ancestros a los que asiduamente rinden tributo; los muertos transmiten y mantienen las instituciones sociales y políticas, y garantizan el orden social a sus descendientes.»²⁴

Si las milicias contrainsurgentes representan un intento de «recuperar» a aquellos jóvenes desplazados resituándolos en sus lugares de origen, sus incapacidades organizativas deben de apuntar a un proceso más general –y hasta el momento desconocido– de exclusión social en las zonas rurales de Sierra Leona. Si en las zonas rurales tanto los criterios de identificación como los de reconocimiento de la autoridad política son muy localistas, cualquier intento de involucrarse en la economía política moderna supone un alto riesgo de desarraigo social. El problema con el que nos enfrentamos aquí es que, posiblemente, muchos de los jóvenes abandonados por las redes clientelistas del estado no tengan ya una zona rural de origen que les sea reconocida como propia y, por tanto, carezcan de la posibilidad de refugiarse en ninguna identidad heredada ni en ninguna comunidad imaginada excepto en aquellas que, en su desespero, ellos mismos se puedan construir. Seguidamente vamos a analizar con más detalle este fenómeno de localismo identitario. Vamos a defender la tesis de que, a pesar de ser un fenómeno con mucha profundidad histórica, los sistemas de gobierno y de autoridad impuestos desde la administración colonial británica han exacerbado los efectos de la exclusión social.

■ La identificación local como rasgo histórico

La costa más occidental del golfo de Guinea fue uno de los primeros lugares de contacto entre las rutas comerciales a través del Sahara y las rutas transatlánticas, y esta confluencia de rutas comerciales supuso una interacción intensa entre grupos de población étnica y lingüísticamente muy diferentes. Hay pocos datos que hagan suponer la migración de grupos étnicos en bloque. Sin embargo, la expansión de la influencia política y de las redes comerciales supuso una infinidad de pequeños movimientos migratorios que se producían al mismo tiempo, mezclándose o cruzándose unos con otros²⁵. Las fuentes del siglo XIX que disponemos en Sierra Leona, tanto orales como escritas, nos dan cuenta de la dinámica política local que estaba produciéndose. Nos describen un territorio fragmentado en numerosas unidades político-territoriales (*countries*), compuestas por asentamientos fortificados

con varias aldeas a su alrededor. Los asentamientos más grandes competían entre ellos para atraer a los comerciantes. Sin embargo, cooperaban entre sí en aspectos rituales, jurídicos y en la defensa mutua. Algunas de estas unidades tenían un solo centro que concentraba las actividades rituales, políticas y jurídicas, pero en otros casos estas actividades estaban más dispersas o localizadas en centros regionales que eran compartidos por varias de ellas²⁶. Dentro de este ya de por sí complejo sistema de relaciones, los individuos prestigiosos que organizaban ritos de iniciación para gran número de personas eran otro elemento condicionante, pues eran los beneficiarios de un tipo de relaciones de vasallaje que el historiador Arthur Abraham ha llamado «estados personales amorfos». Estos complejos políticos tenían tendencia a colapsarse cuando sus fundadores morían, o cuando eran incapaces de garantizar la seguridad y la prosperidad de sus subordinados²⁷. El comercio de esclavos era otra fuerza desestabilizadora. En el siglo XIX, los europeos, especialmente los misioneros, acusaban reiteradamente a algunos gobernantes africanos de aceptar la venta de sus subordinados como esclavos, o bien de provocar enfrentamientos como pretexto para la captura de esclavos. Algunos de estos acusados supuestamente habrían admitido haberse visto forzados a participar en la trata, bien por sus socios comerciales o bien por sus propios «chicos armados» (*war-boys*)²⁸. Los europeos tenían sus razones para sostener este tipo de acusaciones, lo que indica que el establecimiento de confianzas y responsabilidades mutuas entre los grupos de la región debe de haberse convertido, tras siglos de flujo económico y político conjunto, en muy problemático.

Los especialistas siempre han argumentado que los rasgos culturales más visibles dejados por esta experiencia histórica, común a toda esta parte de la costa del golfo de Guinea, son el amplio uso de las lenguas creole y las sorprendentes similitudes en la organización social de los diversos grupos etnolingüísticos que hoy pueblan este territorio²⁹. Algunas de estas similitudes se incluyen dentro de grandes marcos culturales de referencia, tales como el islam o el sistema clánico interétnico que se afirma como descendiente de la nobleza del antiguo imperio del Malí³⁰. Sin embargo, la mayoría de los elementos comunes son de orden microsocial. Predominan en este sentido la multitud de procedimientos rituales para desbrozar y delimitar el espacio. Los cuerpos, los utensilios domésticos, las habitaciones, las casas, los poblados, los campos y las regiones son purgadas de fuerzas malignas (visibles o invisibles), mientras las fuerzas socialmente útiles son mostradas, controladas y contenidas. La mayoría de estos rituales se practican en la privacidad de los grupos domésticos o familiares, o entre los miembros de los cultos iniciáticos para uno u otro género³¹. Los nombres de estos rituales y cultos se tienden a repetir en la región, desafiando incluso a las diferentes lenguas. Esta es, de por sí, una buena evidencia de los esfuerzos realizados por mejorar la fluidez del contacto social. En este sentido, Denise Paulme ha puesto de manifiesto la relevancia de un impulso histórico general en la región al concluir que el extenso repertorio ritual de

los kissi (que habitan en el este de Sierra Leona y en Guinea) refleja «un apasionado deseo de fijarse al suelo»³².

Dentro de este medio cultural, construir «comunidades» es un ejercicio de traspasar fronteras, esto es, de verse expuesto a los mismos ritos de paso en los mismos lugares concretos. Este proceso no excluye a los recién llegados, pero les obliga a mantener relaciones sociales que establezcan su identidad local. Estas relaciones serán heredadas por aquellos de sus descendientes que continúen residiendo en aquel mismo lugar³³. Además, en toda esta región, se encuentra muy bien documentado un corolario ideológico según el cual la viabilidad de una comunidad se sustenta en la complementariedad de sus miembros: jefe y subordinado, indígena y extranjero, campesino y artesano, musulmán y practicante de la religión local, etc. Todas estas complementariedades son a menudo incluidas dentro de un marco de complementariedad más amplio compuesto por hombres y mujeres: las mujeres (y los parientes por vía femenina) tienden a mediar entre los intereses contrapuestos de los hombres (y los parientes por vía masculina)³⁴.

Algunos datos proporcionados por mi trabajo de campo realizado en 1985 en Biriwa, una entidad política (*chiefdom*) del norte de Sierra Leona, nos ofrecen más información sobre este proceso de identificación tan localista. En esta relativamente aislada zona rural, la aldea se erige como el principal marco de referencia social. La aldea supone «una acción de desbrozar» (*methi na*) tanto en el sentido literal como metafórico del término: un espacio sobre el que se toma control para prepararlo para una adecuada «fundación» (*makwi ma*) de la sociedad. En la mayoría de aldeas, los descendientes patrilineales del fundador o los fundadores reclaman para sí prerrogativas sobre el uso de la tierra, sobre la toma de decisiones y sobre la representación política. Sin embargo, la lógica implícita del «desbroce» de un territorio dictamina que cualquier recién llegado que contribuya a aumentar la «fundación» se le asigne, de modo permanente, un lugar o espacio de tierra concreto (una identidad) para él y su o sus descendientes en la aldea.

Por ejemplo, en la aldea de Kamafuray fui informado en una reunión de padres de familia de que el fundador del lugar fue un hombre llamado Furay, que vino con su hermano desde una aldea situada a una distancia de dos días de camino. El plano del poblado mostraba una evidente división. Once casas se agrupaban en el antiguo lugar de asentamiento –en una zona más elevada que las tierras de cultivo circundantes, y rodeada con un espesa línea de matojos y arbustos de algodón–, mientras que otras siete casas se alineaban a lo largo de un maltrecho camino cercano. Sólo tres de los padres de familia del primer núcleo reconocían a Furay y a su hermano como sus ancestros. Los otros ocho identificaban como su abuelo o bisabuelo a un hombre llamado Tonki. El tal Tonki, según me contaron, fue un famoso cazador, procedente de un alejado lugar del país limba, que se asentó entre

los descendientes de Furay después de casarse con la hija de un jefe local (un aliado del famoso Suluku, al que haremos referencia más adelante). Todos las recientes autoridades del poblado han pertenecido al linaje de Tonki (*lantha*).

Los padres de familia que vivían a lo largo del camino tenían orígenes diversos. Tres de ellos trazaban su linaje paterno hasta Furay, otros dos trazaban el suyo hasta «un hermano pequeño» de Tonki, uno trazó el suyo hasta un hombre que «trabajó para Furay», y otro más dijo simplemente que él había vuelto desde una aldea cercana para cultivar la tierra de los ancestros que su familia había evacuado algunas generaciones atrás. Sin embargo, este segundo grupo se identificaba a sí mismo como «la gente de Furay» (*bia be kaFuray*). Los dos hombres más mayores decían ser los dos últimos supervivientes de un grupo de seis que se había trasladado desde el primer núcleo, ahora dominado por «los hombres de Tonki», para hacer una «asociación» (*mathono ma*) dedicada a la conservación de la «fundación» hecha por Furay. Habían vuelto a construir sus casas en su tierra ancestral, y la habían vuelto a poner a disposición de todo aquel que deseara unirse a ellos.

Este ejemplo también nos ilustra sobre cómo el precedente histórico establece el tipo de relación entre aldeas (o entre los grupos que las componen). Pero en Biriwa existe también un sentido de la historia común que deriva del dominio precolonial de Suluku. Suluku era hijo de una familia importante que se había vuelto poderosa durante la primera mitad del siglo XIX gracias al comercio y la política interregional. Suluku parece haberse basado en este prestigio y poder heredado para construirse, en las últimas décadas del siglo, su propio «estado personal-amorfo»³⁵. Actualmente ha transcurrido un siglo desde que el poder de Suluku fue absorbido por el gobierno colonial británico, sin embargo él continúa siendo reconocido como la máxima autoridad para «poder desbrozar» en toda aquella región. Durante mi trabajo de campo recogí información de más de un centenar de aldeas pertenecientes al *chiefdom* de Biriwa. Los habitantes de algo menos de un tercio de ellos describían a sus fundadores como parientes agnáticos cercanos de Suluku –principalmente sus hermanos, su hijos, y los hijos de sus hermanos–. La mayoría de las aldeas restantes identificaban a sus fundadores, o a sus «jefes» (*gbakuin*) de generaciones posteriores, como gente que había ido a Bumban (la capital de Biriwa) para declararle lealtad a Suluku y recibir de él los «medios» (*nahulu ba*) para poder llevar a cabo «el desbroce».

Por ejemplo, durante la época colonial, descendientes de Bubu, hermano de Suluku, residentes en Kamabai, reclamaron la parte que les correspondía del poder del *chiefdom* de Biriwa, hasta entonces en manos de los descendientes de Suluku residentes en Bumban. Una aguda rivalidad política entre las dos *dinastías* (como la oficialidad colonial las denominó) continuó durante todo el siglo XX. Otros descen-

dientes de Bubu también hacían oír su voz desde otras localidades, entre las cuales se encontraba Kakenema. A pesar de ello, cuando visité Kakenema en 1985, la máxima autoridad local me comunicó que su lealtad principal se mantenía con Bumban. Seguidamente voy a resumir sus explicaciones. Samba (el abuelo de la autoridad local actual) era hijo natural de Bubu, pero su madre fue acusada de brujería. Entonces fue llevada ante la presencia de Suluku para someterla a una ordalía. Aunque superó la ordalía, la medicina le afectó de tal manera que podía ver espíritus. Más tarde descubrió que se había quedado embarazada poco antes de pasar la ordalía. Cuando el niño (Samba) nació resultó evidente que también él había sido afectado. Sus ojos giraban como un reloj y podía cortar una cuerda con sólo mirarla. Nadie quiso hacerse cargo de él excepto Suluku. Cuando Samba se hizo adulto, le comunicó a Suluku que tenía intención de construir su propia aldea. Suluku accedió y le dio cuatro yardas de tela roja para que la pusiera como señal en el árbol de langostas que todavía se levanta al lado de la casa de la autoridad local. Llamaron a los habitantes del cercano pueblo de esclavos (*kafombalim*) para que trabajaran para ellos. Otra gente vino voluntariamente: un médico tradicional llamado Maya, Yigiban, un musulmán (*mori*) de nombre Dala, y un herrero llamado Bokari. Los habitantes actuales son los descendientes de todas estas personas. Tras este relato la autoridad local concluyó que Kakenema era, en sus palabras textuales, «*Bumban kola*»³⁶.

Aún en la década de 1980, los habitantes de una aislada y empobrecida aldea tenían justificación moral para pedirles ayuda a sus vecinos más prósperos, pues se sobreentendía que la mera existencia de aquel asentamiento implicaba la mutua implicación en un proyecto histórico común: la protección y expansión del «país de Suluku». Quizás por eso mismo la historia sea, para algunos, una carga un tanto desagradable. Una pequeña corriente de agua que desciende de las montañas Gbengbe és el límite que separa los *chiefdoms* de Biriwa y de Safroko. En el inicio del valle se encuentran dos aldeas, una a cada lado de la frontera. Cuando las visité en octubre de 1980, estaban las dos enzarzadas en una amarga disputa. Los habitantes de Biriwa amenazaban con emprender acciones legales contra la aldea perteneciente a Safroko, mucho más grande, por haber usado sus tierras de cultivo sin su permiso. Mis preguntas sobre la historia del lugar se encontraron, pues, con respuestas muy bien preparadas. Los habitantes de Safroko sostenían que Woseya, el padre de Suluku, era quien había autorizado su asentamiento, y que este hecho les daba derecho a usar la tierra del actual Biriwa *chiefdom*. Seguidamente argumentaban que, en cualquier caso, la única función histórica de la aldea de Biriwa era proporcionar comida para un gran asentamiento como el suyo. Incluso he llegado a oír decir, en Bumban, que los habitantes de esa aldea en particular eran descendientes de esclavos (*mbalin*)³⁷.

Ni que decir tiene que la autoridad reconocida en la aldea de Biriwa tenía otra

manera de verlo. Él sostenía que su bisabuelo era un hijo de Suluku que vino a aquel valle para desbrozar sus tierras. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de irme y tenía mi bloc de notas y mi grabadora guardadas, me cogió por banda y me dijo que había algo que tenía que saber. Antigüamente, me dijo, los habitantes de una ciudad, ante el primer indicio de que se avecinaba una guerra, huían. Pero siempre había algún alma valiente que esperaba a los atacantes con la cabeza bien alta, y les instaba a que tuvieran el valor de enfrentarse a un hombre desarmado. Suluku tenía un gran respeto por este tipo de hombres y, a menudo, les otorgaba tierras de cultivo en reconocimiento por su valentía. Llegados a este punto, la autoridad de la aldea de Biriwa dejó que fuera yo el que sacara mis propias conclusiones. Algún tiempo más tarde me enteré de que el conflicto se había solucionado a favor de Sofroko sin necesidad de recurrir a los tribunales de justicia.

Cada uno de estos aspectos nos muestra diferentes aspectos de un mismo proyecto histórico: desbrozar un territorio para asentarse en él, y construir allí una comunidad (o una unidad política) atrayendo para tal fin al máximo número de gente posible, –preferentemente que sean de profesiones lo más variadas posibles y con voluntad de implicarse en la vida del nuevo asentamiento–. Se hace evidente, pues, que los procesos de identificación a los que nos aproximamos no se basan tanto en fijar el origen de un grupo en un determinado lugar sino más bien a vincular el propio grupo con un precedente histórico de ese determinado lugar. Modelos sociopolíticos parecidos han sido documentados para otras áreas rurales de Sierra Leona. Por ejemplo, Hardin recoge que Gbendawah, un contemporáneo de Suluku, permanece aún hoy como la referencia principal para dirimir asuntos políticos y de propiedad de tierras en el *chiefdom* de Soa³⁸. El siguiente fragmento de la monografía de Kenneth Little sobre los mende aborda también esta cuestión:

«De las cuarenta y ocho personas que ocupan pequeños cargos políticos, principalmente jefes de aldea, en el actual (1946) *chiefdom* de Kakua, treinta y tres son descendientes directos de hombres que obtuvieron el favor de Momo Gboto, el gran guerrero de la región Bo. Tres de ellos lo sirvieron como espías, tres como campesinos, cinco como soldados, tres como cazadores, uno como médico, y los restantes demostraron su utilidad tras llegar a sus dominios bien como refugiados de guerra o bien como prisioneros de guerra.»³⁹

El estudio de Vernon Dorjahn sobre Kolifa Moyoso, un *chiefdom* de la región de lengua Temne del centro de Sierra Leona, nos proporciona otro ejemplo más sobre este punto. El «país» precolonial (llamado *chiefdom* durante la colonia) de Moyoso tenía un gobernante institucionalizado (*Bai Yoso*), pero incluso aquí el tipo de nexos históricos que establecía las relaciones interpersonales era el elemento que estructuraba la política local durante la década de 1950:

«En Kolifa Moyoso... varias aldeas fueron fundadas por aquellos que vinieron a ayudar a los gobernantes Kamara durante la guerra. Makaba fue fundada por una parte de los musulmanes Susu de Magbas, en Kolifa Rowala [un «país» vecino]; prefirieron fundar su propia aldea antes que vivir en [la aldea de] Mayoso, donde la sociedad *Poro* estaba presente. En Robis, los Ture que residían allí tuvieron un conflicto con la gente de Kumrabai Mamela y llamaron a algunos parientes por parte femenina de Bombali [un «país» vecino], los parientes Seri de uno que se había casado con una mujer Ture. La aldea de Matumkara fue fundada por Tunkara Tali (Bangura), un musulmán que vino a recitar sortilegios de guerra para el jefe, Bai Yoso, y éste le pidió que se quedara... En la aldea de Mayoso hay tres patrilinajes distintos que llevan el nombre clánico de Bangura: el primero fue fundado por un medio hermano (misma madre pero de padres diferentes) de un Bai Yoso nacido en el *chiefdom* de Masimera cuando su madre huyó hacia allí debido a la guerra, y fue luego devuelta a casa por su medio-hermano, la máxima autoridad de Masimera; el segundo viene de un hombre Koranko, miembro de la sociedad *Wunde*, que vino a Kolifa Moyoso huyendo de la guerra que había en su lugar de origen; el tercero proviene de un hombre nacido en [el «país»] Masimera de una mujer de Moyoso, una refugiada, que allí se casó con hombre Bangura que posteriormente murió en otra guerra; la madre y el hijo varón fueron devueltos a Mayoso, junto con otros refugiados, cuando Bai Yoso volvió. En estos y en otros casos los recién llegados o los retornados a Kalifa Moyoso vieron consolidada su residencia allí mediante lazos matrimoniales con linajes del lugar, a poder ser con los gobernantes Kamara.»⁴⁰

Con todo, aquí nos encontramos con otra paradoja. Algunos analistas consideran los «estados personales-amorfos» precoloniales como los antecedentes de los actuales regímenes patrimoniales modernos; pues ambos ejemplifican la inestabilidad característica de las periferias de una economía global explotadora⁴¹. ¿Por qué entonces estas unidades políticas han permanecido tan arraigadas en la sociedad y en la política rural durante todo el siglo XX? El aislamiento y el estancamiento económico han contribuido muy poco a erosionar su vigencia, por lo que debemos ahora acercarnos al papel que ha jugado el sistema de gobierno local de Sierra Leona en este proceso de fosilización.

■ La identificación localista como herencia de la administración colonial

La región de Freetown fue convertida en colonia de la Corona Británica en 1808, a la que en 1896 se le añadió el Protectorado de Sierra Leona, que desde el principio fue considerada como un tipo diferente de «administración local». En el Protectorado la unidad administrativa básica era el *chiefdom*. Tal como fue concebido originalmente, un *chiefdom* era gobernado por una autoridad máxima

(*paramount chief*) que contaba con el apoyo de un consejo de gobierno (llamado *Tribal Authority*, y rebautizado como *Chieftom Council* después de la independencia). Estos *paramount chiefs* eran los responsables del territorio del Protectorado (declarado inalienable excepto en el caso de los derechos mineros, cuyo control pertenecía al gobierno), y presidían los tribunales de justicia en los que se dirimían juicios con la ley nativa. Al principio los británicos sólo reconocieron a líderes africanos formalmente institucionalizados, como Suluku o Gbendawah, como *paramount chiefs*. Sin embargo, tras la guerra del *Hut Tax* (impuesto por casa) de 1898, se abrió la veda a la creación de nuevos *chieftoms*, con los que los británicos buscaron traspasar la responsabilidad de la recolección de impuestos a autoridades locales, responsables de cobrar los impuestos a su debido tiempo, y minimizar así los efectos de las próximas revueltas que se pudieran producir⁴².

Como consecuencia de estas estrategias, el mantenimiento de un registro de aldeas existentes fue la primera medida de gobierno de los nuevos *chieftoms* para proceder al cobro anual de impuestos. A la hora de impulsar cualquier objetivo administrativo, en la mayoría de los casos, el registro de aldeas «era» el *chieftom*; los oficiales británicos tendían a evitar cualquier esfuerzo encaminado a establecer los límites geográficos de cada *chieftom*, a menos que surgieran contradicciones entre las autoridades fiscales y político-jurídicas reconocidas⁴³. Los registros de aldeas normalmente estaban divididos en «secciones», y en cada una de estas unidades la recolección de impuestos y la organización de la mano de obra para las obras públicas recaía en la responsabilidad de un «*sub-chief*» (más tarde llamado *section chief*). Tanto los *paramount chiefs* como los *sub-chiefs* veían reconocidos en la ley colonial sus derechos a exigir tributo y trabajo a sus subordinados. La desobediencia de los súbditos a la autoridad se estipuló como ofensa criminal por «desobedecer el orden establecido por la ley», e igual consideración tenía el trasladarse fuera del *chieftom* sin antes haber pedido permiso a la autoridad. A pesar de todo, los oficiales británicos pronto emprendieron la tarea de confeccionar genealogías, identificar «dinastías» (*ruling houses*) y codificar la «ley nativa» que hiciera referencia al modo en que la autoridad se sucedía en cada lugar⁴⁴.

El primer intento de reformar el gobierno local en su conjunto se produjo en la década de los treinta. En 1937 se aprobó el *Native Administration Scheme* con el objetivo de traspasar los poderes económicos y jurídicos de los *Paramount Chiefs* a una *Tribal Authority* más representativa democráticamente. Hasta aquel momento, las autoridades coloniales no podían definir este tipo de autoridad más que como la suma de «el *Paramount Chief*, los diversos *chiefs*, los consejeros y algunos hombres de relevancia escogidos por la gente según la ley y la costumbre local». A partir de entonces, sin embargo, el antiguo método fiscal (*hut tax*) iba a ser sustituido por uno nuevo (*poll tax*) que recaería sobre todos los hombres adultos, y varios de los pequeños *chieftoms* reconocidos iban a ser fusionados con otros en nombre de la

eficiencia administrativa. Había llegado la hora de racionalizar la relación entre el pueblo y sus representantes políticos. A pesar de todo, no fue hasta 1956 cuando el ya saliente gobierno colonial sistematizó los procedimientos para instituir las *Tribal Authorities*. Se decretó que toda aldea de más de veinte contribuyentes debía de tener un representante en la *Tribal Authority*, al que debía de añadirse otro por cada veinte contribuyentes más. Las aldeas que no llegaron a veinte contribuyentes habían de juntarse con otras con el fin de llegar al mínimo necesario para tener un representante en la *Tribal Authority*. Era competencia de esta autoridad tanto la gestión de la tesorería del *Chiefdom*, como la elección del *Paramount Chief* mediante el voto secreto⁴⁵. Estos cambios contribuyeron a hacer más imprescindible todavía el registro de aldeas como único pilar del gobierno local y, en algunas zonas, estos cambios supusieron el inicio del fin de la terminología política indígena⁴⁶.

Los gobiernos poscoloniales han adoptado una actitud conservadora en relación a los *chiefdoms*. A pesar de que la competencia de otorgar licencias mineras se traspasó de la autoridad local al Ministerio de Minas en 1967, cinco años más tarde el nuevo gobierno del APC lo compensó con una revisión de la *Protectorate Land Ordinance* de 1927. Los cambios introducidos en la ley supusieron que la autoridad local podía distinguir entre aquellos habitantes de su territorio que eran «nativos» (aquellos que tenían derecho a heredar tierra) y los que no lo eran, a los que, para construirse una casa o abrir un negocio, se les podía exigir el pago de un alquiler⁴⁷. Aquel mismo año se suspendieron indefinidamente los *district councils*, poniendo fin a un experimento de 33 años de gobierno local a través de un gobierno escogido por sufragio universal adulto⁴⁸. En 1973, en una intervención en el Congreso, el presidente Siaka Stevens afirmó que era «la intención de su gobierno fortalecer la Administración Local (*Chiefdom Administration*) para que pudiera jugar un papel significativo en nuestro desarrollo económico, social y político»⁴⁹.

Durante la década de los noventa, en el contexto de toda una serie de iniciativas de paz, se ha vuelto a poner énfasis en los asuntos de gobierno local. Las medidas de «buen gobierno» (*good governance*), promocionadas por el Banco Mundial y otros influyentes actores internacionales, han llevado al gobierno del SLPP a crear un nuevo Ministerio de Gobierno Local y Desarrollo Comunitario, así como a incluir entre sus prioridades el establecimiento de una estrategia para la revitalización del gobierno local⁵⁰. Todavía hoy, las propuestas que propugnan una revisión completa de los límites y la extensión de los *chiefdoms*, así como la extensión del sufragio a todos los ciudadanos en las elecciones para escoger a los *paramount chiefs*, no encuentran mucho interés ni en las altas esferas políticas ni en la mayoría de población rural⁵¹. En junio de 1996, el presidente Tejan-Kabbah, en lo que se puede considerar un eco de la intervención de Stevens veintitrés años antes, anunció en el parlamento que «los *Paramount Chiefs* van a tener de nuevo la

oportunidad de gestionar los asuntos de su *chiefdom* sin ninguna interferencia por parte de la burocracia ni de ningún otro agente del Gobierno Central»⁵².

La agilidad política ha sido un factor importante a la hora de adoptar esta opción más conservadora. La Colonia y el Protectorado de Sierra Leona no fueron unidos por una misma constitución hasta 1951. Sólo entonces los representantes políticos de la mayoría de los votantes del antiguo Protectorado tuvieron la oportunidad de poner fin al largo dominio de los *Freetown Krios* en la política nacional. Pero esto sólo se consiguió con el apoyo y la cooperación de los *Paramount Chiefs*. El contacto y la capacidad de comunicación de estas autoridades con la población local –muchos de los 148 *chiefdoms* heredados por la República de Sierra Leona en 1961 tenían una población inferior a los veinte mil habitantes– ayudó a consolidarlos en su posición como intermediarios políticos. Durante la primera década después de la independencia los políticos de ámbito nacional, a menudo, tenían que inmiscuirse en las diversas rivalidades de la vida política local con el fin de ganar apoyo electoral. Esta forma de comportarse también daba pie a los políticos locales para que utilizaran elementos de la política nacional, así como las afiliaciones de los partidos, para conseguir acceder al poder del *chiefdom*⁵³. Esta dinámica ha continuado desde entonces, y los intentos del gobierno de partido único del APC para imponer sistemáticamente sus candidatos como autoridades máximas en los diferentes *Chiefdoms Councils* –una manera de tener controladas las redes de acceso a los depósitos de minerales y a otros recursos– casi siempre encontró una fuerte y prolongada resistencia local⁵⁴. El estudio político realizado por Mariane Ferme en el *chiefdom* de Wunde durante las elecciones parlamentarias de 1986 sugiere que, en los últimos momentos de hegemonía del APC, incluso pudo haber un resurgimiento del localismo. Un movimiento interno de este *chiefdom* consiguió reapropiarse de símbolos de gran significación cultural y reemplazar, aunque temporalmente, a un diputado electo, (un licenciado en física de origen mandinga que había cursado sus estudios en Europa), por un autoproclamado «hijo de la tierra» descendiente de Ndawa, el guerrero mende que fundó el Wunde precolonial⁵⁵.

A pesar de todo, nada ha impedido a los gobiernos poscoloniales llevar a cabo una reforma estructural de la administración local. Que no lo hayan hecho refleja una vez más la debilidad inherente al estado de Sierra Leona. En teoría, desde hace mucho tiempo existe en Sierra Leona un aparato burocrático para registrar los nacimientos y las defunciones, para contabilizar los matrimonios y las iniciaciones y, desde 1978, para el registro central de todos los ciudadanos de Sierra Leona mediante un documento nacional de identidad. Pero la gran mayoría de la población rural continúa confiando sólo en las autoridades locales para que les reconozcan y garanticen las identidades «nativas» que confieren el derecho a la tierra, la protección legal y la representación política. Incluso a largo plazo, el

efecto de los registros de aldeas no ha sido otro que el de fijar, en espacio y número, los lugares donde la gente obtiene el estatus de «nativo». Las consecuencias se hacen patentes en los ejemplos que hemos expuesto anteriormente. La población tiende a apearse a los territorios ancestrales incluso cuando estos han caído bajo dominio de grupos más poderosos; algunos se ven incluso forzados a reconocer un pasado un tanto lastimoso debido a que es precisamente este pasado el que les continúa definiendo como miembros de un territorio en el que les son reconocidos los derechos sobre la tierra.

En este contexto es, pues, un imperativo político que los representantes del gobierno local, de arriba a abajo de la escala jerárquica, continúen siendo escogidos entre aquellos que mejor representan los antecedentes y los pedigrís que sirven para definir la ciudadanía local. En ellos es en los que siempre se puede confiar a la hora de reconocer las identidades que establece su propia autoridad; los «extranjeros» que ni entienden ni respetan los antecedentes locales representarían una amenaza para los derechos y las propiedades de todos. En Biriwa, por ejemplo, los dos linajes mayoritarios continuaron alternándose el puesto de *paramount chief* tras 1950, cuando la *Tribal Authority* era escogida por votación. Las elecciones a *paramount chief* han sido muy concurridas, pero incluso los candidatos que deseaban cambiar el papel de Bumban o de Kamabai en la política local tenían que hacer descender su linaje de la dinastía en el poder antes de la colonia, o bien reivindicar que sus ancestros habían sido los responsables de acciones vitales para el «país» entero⁵⁶. Me gustaría señalar que este imperativo –que no es debido ni a un conservadurismo innato ni al estancamiento económico– no hace más que subrayar la oposición de los habitantes de las zonas rurales a los candidatos impuestos desde la elite política de la capital, así como su desacuerdo a la hora de aceptar el principio de sufragio universal para todos los adultos en las elecciones locales.

Este imperativo ha tenido también un gran impacto en la política nacional. Las asociaciones étnicas han jugado, desde siempre, el papel preponderante en los gobiernos y la política municipal de Sierra Leona, y los principales partidos políticos desde la independencia han establecido bastiones en diferentes partes del país habitadas por grupos étnicos diferentes. Las autoridades locales y su lugar de residencia continúan haciendo la función de puntos de referencia para las identificaciones entre campo y ciudad. Las redes clientelistas son también muy particularistas. Por ejemplo, el representante de la comunidad de emigrantes de Biriwa en Freetown durante la década de 1980, era también el primer *sesa* (hijo de la hermana clasificatoria y agente ritual) de uno de los jefes de sección del linaje de Bumban. Su ajardinada residencia en el distrito de *Cline Town* era el primer lugar de visita obligada para todos los jóvenes que, procedentes de Biriwa, deseaban encontrar trabajo en la capital. Por aquella época un comisario de policía y dos dipu-

tados del Parlamento por la circunscripción de *Bombali East* se contaban también entre los miembros de la elite nacional que había nacido en Bumban.

Binkolo, capital del vecino *chiefdom* de Safroko, ha jugado también un papel muy relevante en la redes de migración campo-ciudad. El joven *Paramount Chief* de Safroko, Alimamy Dura II, tras su ruptura con el SLPP, fue muy bien cortejado por el ascendiente APC, y asumió uno de los dos escaños reservados a *Paramount Chiefs* en el parlamento de Sierra Leona. Durante el gobierno del APC, Binkolo se convirtió en una de la áreas de reclutamiento más importantes del RSLMF. El sucesor de Siaka Stevens, J.S. Momoh, empezó su carrera política reclutado de esta manera. Cuando el poder del APC, en la década de 1980, empezó a decaer, Momoh usó una asociación cultural Limba (*Ekutay*) como plataforma desde la que cantar las excelencias del nacionalismo étnico. No en vano su periodo de gobierno es recordado con el nombre de «Binkolo Mafia», por su reconocido proyecto de ocupar todos los puestos de su gabinete y los altos cargos del funcionariado con descendientes de Binkolo, ya fueran limbas o no⁵⁷.

El potencial excluyente de este imperativo localista e historicista está muy bien ilustrado por el estudio de Hardin. Kainkordu se encuentra en una región minera que goza de una extracción intensiva de diamantes y, por consiguiente, ha experimentado una importante inmigración desde la independencia. Hardin expone cómo, antes de la guerra, las principales familias de Kainkordu guardaban celosamente sus prerrogativas. La tierra de cultivo era repartida en función de la edad y el pedigrí, forzando a los recién llegados a asentarse a una distancia considerable del asentamiento principal. A los jóvenes que carecían del patronazgo de alguien más mayor sólo se les abría la perspectiva de una vida de duro trabajo en beneficio de algún pariente. Las iniciativas de emprender algún negocio propio, por parte de mujeres o de hombres de estatus social bajo, suscitaban un fuerte rechazo y, a veces, eran despiadadamente abortadas. Por el contrario, los hombres de rango elevado que volvían tras haberse formado fuera de África eran recibidos con entusiasmo como agentes del desarrollo, y cuando pedían tierras de cultivo su demanda tenía prioridad incluso ante los residentes más antiguos⁵⁸.

El Bumban de antes de la guerra también tenía su buen porcentaje de jóvenes desarraigados, esperando desesperadamente que un último «tío» asumiera los gastos de la finalización de sus estudios, o que les proporcionara algún tipo de oficio o salario. No es nada sorprendente que los individuos atrapados en esta situación se sintieran atraídos por el tipo de economía «lumpen» y el modo de vida descrito por Abdullah y Kandeh. Como tampoco es sorprendente que –como Paul Richards descubrió en una relación de asentamientos de las proximidades de la Reserva Natural de Gola, al sureste de Sierra Leona– los buscadores de diamantes itinerantes encontraran muy pocas oportunidades e incentivos para reintegrarse en

las pequeñas comunidades locales constituidas⁵⁹. La última parte de artículo plantea las implicaciones de todos estos puntos en el conflicto actualmente abierto.

■ ¿Ni ciudadanos ni súbditos?

Mahmood Mamdami, en su influyente ensayo sobre la «bifurcación» que supuso el legado colonial en África –la existencia de súbditos «étnicos» adscritos a las «autoridades nativas» por contraposición a la ciudadanos– sugiere que no hay nada de estrictamente africano en el patrimonialismo. Se trata simplemente de la continuidad de los medios, heredados de la colonia, mediante los que las elites urbanas mantienen el poder sobre la mayoría de población rural. En consecuencia, las genuinas luchas por la democracia son demasiado frecuentemente transformadas en conflictos «tribales»⁶⁰. En Sierra Leona, sin embargo, esta herencia es significativamente diferente, aunque la diferencia sea sutil. No es la etnicidad la que se yergue sobre la sociedad rural y la política, sino los personajes históricos como Suluku y Gbendawah: las personificaciones del precedente particularista y el pedigrí asociado a los lugares de residencia.

La ruptura inherente a este sistema político es también muy particular. Recientemente, Mariane Ferme ha afirmado que las técnicas elementales de la administración estatal –confección de censos, imposición de impuestos, registros electorales, etc.– en la medida en que tienden a reducir complejos cálculos políticos a simples cuestiones numéricas, son muy a menudo vividas como un ruptura por parte de la mayoría rural de Sierra Leona⁶¹. Pero ni siquiera los números cuadran. En los últimos tiempos, la población que se ha visto obligada a adscribirse a una aldea para poder obtener un certificado de impuestos, un voto, o cualquier otro privilegio de la ciudadanía, han superado de largo a los residentes reales en un momento dado y, a menudo, al número de población económicamente soportable. En este contexto los jóvenes y los pertenecientes a los estratos más bajos ven como su acceso a dichos privilegios se vuelve todavía más difícil. Por eso la lucha por un lugar reconocido en estas comunidades es también una lucha por la identidad. Sierra Leona es quizá uno de los pocos casos en el que un alarmante porcentaje de población no es ni «súbdito» ni «ciudadano». Este vacío identitario es lo que puede explicar, más que la simple predisposición al crimen, el tipo de comportamiento «lumpen» que todos los analistas destacan como característica de la guerra civil de Sierra Leona. También puede explicar porqué los dirigentes del RUF han aplicado su máxima violencia contra las autoridades políticas de las comunidades rurales.

Sin duda, nada permite justificar los brutales abusos contra los derechos humanos perpetrados durante el conflicto. Pero si Sierra Leona tiene que volver algún día a la normalidad, todas las partes en conflicto tienen que darse cuenta de hasta dónde

han llegado. La completa modernización del sistema de gobierno local de Sierra Leona parece ser uno de los prerequisites esenciales para cualquier paz duradera. Las necesidades de los desplazados internos y de los socialmente excluidos deben ser priorizadas. Para la mayoría, con unos niveles de escolarización muy deficientes, la única perspectiva a largo plazo se encuentra en las zonas rurales, en una agro-industria modernizada, en el transporte o en la construcción. Cómo se va a garantizar el acceso a la tierra, y cómo se van a organizar políticamente las comunidades para fomentar la innovación y la iniciativa son preguntas que, por el momento, carecen de respuesta.

Traducción del inglés: Albert Farré Ventura

1. Ver, por ejemplo, Federico VERESE, «Is Sicily the future of Russia? Private protection and the rise of the Russian Mafia», *Archives Européennes De Sociologie*, XXXV/2 (Summer, 1994), pp.224-58; Philip CERNY, «Globalization, fragmentation and the governance gap: towards a new Medievalism in world politics?», paper presented at workshop: Globalization: Critical Perspectives, Department of Politics, University of Birmingham, 14-16 March 1997; Mark Duffield, «Post-modern conflict: warlords, post-adjustment states and private protection», *Civil Wars*, 1(1) (Spring 1998), pp.65-102; William RENO, *Warlord Politics and African States* (Lynne Rienner, London, 1998); Jean-François BAYART, Stephen ELLIS and Béatrice HIBOU, *The Criminalization of the State in Africa* (James Currey, Oxford, 1999).
2. Ver Paul COLLIER, «Economic causes of civil conflict and their implications for policy», World Bank, <<http://www.worldbank.org/research/conflict/papers/civilconflict>>, 15 Junio 2000.
3. Jean-François BAYART, *The State in Africa: the politics of the belly* (Longman, London and New York, 1993); Peter GESCHIERE and Josef GUGLER (eds.) «The politics of primary patriotism», *Africa*, 68(3) (1998), pp.309-424; Patrick CHABAL and Jean Pascal DALOZ, *Africa Works: disorder as a political instrument* (The International African Institute in association with James Currey, Oxford, 1999). Ver también Brigit MEYER and Peter GESCHIERE (eds.), *Globalization and Identity: dialectics of flow and closure* (Blackwell, Oxford, 1999).
4. Jean-Paul OLIVIER DE SARDAN, «A moral economy of corruption in Africa?», *Journal of Modern African Studies*, 37(1) (1999), pp. 25-52.
5. Ver James WUNSH and Dele OLUWU (eds.), *The Failure of the centralised State: institutions and self-governance in Africa* (Westview Press, Boulder, Colorado, 1990); C. LOPEZ, «The Africanization of Democracy», *The African Journal of Political Science*, 1(2) (1996); Bruce BAKER, «African anarchy: is it the states, regimes, or societies that are collapsing?», *Politics*, 19(3) (1999), pp. 131-8.
6. D. LUKE and S. RILEY, «The politics of economic decline in Sierra Leone», *Journal of Modern African Studies*, 27(1) (1989), pp. 133-42; Arthur ABRAHAM and H.SESAY, «Regional Politics and social services provision since independence», in C. Magbaily FYLE (ed.), *The State and the Provision of Social Services in Sierra Leone since Independence, 1962-91* (CODESRIA, Dakar, 1993); William RENO,

Corruption and State Politics in Sierra Leone (Cambridge University Press, Cambridge, 1995); Alfred ZACK-WILLIAMS, *Tributors, Supporters and Merchant Capital: mining and under-development in Sierra Leone* (The Edwin Mellen Press, London, 1995); Paul RICHARDS, *Fighting for the Rainforest: war, youth and resources in Sierra Leone* (The International African Institute in association with James Currey, Oxford, 1996), pp. 34-60.

7. Ibrahim ABDULLAH, «Bush path to destruction: the origin and character of the Revolutionary United Front (RUF/SL)», *Africa Development* XXII (3/4) (1997), pp. 45-76.

8. Ver: Paul RICHARDS, «Rebellion in Liberia and Sierra Leone: a crisis of youth?», in O.W. FURLEY (ed.), *Conflict in Africa* (Tauris, London, 1995), pp. 134-70 y *Fighting for the Rainforest*, pp. 1-119; Abdul K.KOROMA, *Sierra Leone: the agony of a nation* (Andromeda, Freetown, 1996); Ibrahim ABDULLAH and Patrick MUANA, «The Revolutionary United Front of Sierra Leone: a revolt of the lumpenproletariat», in Christopher CLAPHAM (ed.), *African Guerrillas* (James Currey, Oxford, 1998); RENO *Warlord Politics*, pp.113-45. Ver también UNHCR, «Background paper on refugees and asylum seekers from Sierra Leone», <<http://www.unhcr.ch/refworld/country/cdr/cdrlse>>, Noviembre 1998; David PRATT, «Sierra Leone: the forgotten crisis», <<http://www.sierra-leone.org/pratt042399>>, 23 Abril 1999.

9. Amnistía Internacional, «Sierra Leone: human rights abuses in a war against civilians», 13 Septiembre 1995; Human Rights Watch, «Getting away with murder, mutilation, rape –new testimony from Sierra Leone», <<http://www.hrw.org/reports/1999/sierra>>, Julio 1999.

10. Ver, por ejemplo, «Sierra Leone peace force accused of sabotage», *The Guardian*, 9 Septiembre 2000; KOROMA, *Sierra Leone*, 179-210; Arthur ABRAHAM, «War and transition to peace: a study of state conspiracy in perpetuating armed conflict», *Africa Development* XXII (3/4) (1997), pp. 101-16.

11. «Liberia blamed for diamond war chest», *The Guardian*, 1 Agosto 2000.

12. Sierra Leone News, <<http://www.sierra-leone.org/slnews0700>>, 5 Julio 2000.

13. Staneala BECKLEY, «State sponsored educational services in Sierra Leone», in FYLE (ed.), *The State and the Provision of Social Services; Unesco Statistical yearbook, 1999* (Unesco, París, 1999).

14. RICHARDS, «Rebellion» y *Fighting for the Rainforest*, p.51.

15. ABDULLAH, «Bush-path to destruction».

16. Jimmy KANDEH, «Ransoming the state: elite origins of subaltern terror in Sierra Leone», *Review of African Political Economy*, 81 (1999), pp. 349-66.

17. Patrick MUANA, «The Kamajoi militia: civil war, internal displacement and the politics of counter-insurgency», *Africa Development*, XXII (3/4) (1997), pp.77-100.

18. Krijn PETERS and Paul RICHARDS, «"Why we fight": voices of youth combatants in Sierra Leone», *Africa*, 68(2) (1998), pp. 183-210; Paul RICHARDS and Caspar FITHEN, «Post-modern warfare in Sierra Leone? Reasserting the social in global-local constructions of violence», en Thomas CALLAGHY, Ronald KASSIMIR and Robert LATHAM (eds.), *Tranboundary Formations: global-local constructions of authority in Africa* (en prensa); «Kamajois to wage war against Kabbah», *The Ninjas*, <<http://www.sierra-leone.cc/news4012>>, 1 Abril 1999.

19. PETERS and RICHARDS, «"Why we fight"».

20. Paul RICHARDS, «Sur la nouvelle violence politique en Afrique: le sectarisme séculier en Sierra Leone», *Politique Africaine*, 70 (June 1998), pp.85-104; RICHARDS and FITHEN, «Post-modern warfare».

-
21. Caspar FITHEN, «Diamonds and war in Sierra Leone: cultural strategies for commercial adaptation to endemic low-intensity conflict», Ph.D. thesis, London University, 1999.
22. Este es un tema recurrente entre todos los antropólogos que han buscado una explicación a la supuesta resistencia a la centralización política de las llamadas «sociedades de linaje». Ver, por ejemplo, Robin HORTON, «Stateless societies in the history of West Africa», en J.F.A. AJAYI and M. CROWDER (eds.), *History of West Africa*, Vol. I (Longman, Harlow, 1971).
23. Kris HARDIN, *The Aesthetics of Action: continuity and change in a West African town* (Smithsonian Institution Press, Washington, 1993), p.93.
24. Ruth FINNEGAN, *Survey of the Limba People of Northern Sierra Leone*, Department of Technical Cooperation, Overseas research Publication N° 8 (HMSO, London, 1965), p.113.
25. Ver Paul HAIR, «Ethno-linguistic Continuity of the Guinea Coast», *Journal of African History*, 8 (1967). Cf. Walter RODNEY, *A History of the Upper Guinea Coast 1545-1800* (Clarendon Press, Oxford, 1970); Allen HOWARD «Big-men traders and chiefs: power, commerce and spatial change in the Sierra Leone-Guinea plain, 1865-1895», Ph.D, thesis, University Of Wisconsin-Madison, 1972.
26. Ver David SIDDLE, «War towns in Sierra Leone: a study in social change», *Africa*, 68(1) (1968), pp.47-56; C. Magbaily FYLE, «A note on 'country' in political anthropology», *African Research Bulletin*, III(1) (1972), pp.46-9; Arthur ABRAHAM, «Mende warfare, settlements and states», en Arthur ABRAHAM (ed.), *Topics in Sierra Leone History: a counte-colonial interpretation*, (Leone Publishers, Freetown, 1976); Richard FANTHORPE, «Settlements and Networks in Biriwa Limba chiefdom, Northern Sierra Leone», Ph.D. thesis, University of London, 1994, pp. 50-107.
27. Arthur ABRAHAM, *Mende Government and Politics Under Colonial Rule*, (Oxford University Press, London, 1978), p.34.
28. Ver, por ejemplo, Alexander GORDON LAING, *Travels in the Timmanee, Kooranko, and Soolima Countries in Western Africa*, (Gordon Murray, London, 1825), pp.29-31, 283; the Reverend I. M. WILLIAMS, «Letter to the Sierra Leone Governor, 20 January, 1873», *Local Letters to Governor*, 1872, Sierra Leone Government Archives, Freetown; George CLARKE and Mary LANE CLARKE, *American Wesleyan Mission of Sierra Leone, West Africa* (Wesleyan Methodist Publishing Association, Syracuse, New York, 1912), pp.68-9. Ver también Paul RICHARDS, «Chimpanzees, diamonds and war: the discourse of environmental change and local violence on the Liberia-Sierra Leone border», in Henrietta MOORE (ed.), *The Changing Nature of Anthropological Knowledge* (Routledge, London, 1996); Rosalind SHAW, «The production of Witchcraft/witchcraft as production: memory, modernity and the slave trade in Sierra Leone», *American Anthropologist*, 24(4), (1997) pp. 856-76.
29. THOMAS, NORTHCOTE W., *Anthropological Report on Sierra Leone 1. Law and Custom of the Timne and other Tribes*, (Harrison, London, 1916); Warren D'AZEVEDO, «Some historical problems in the delineation of a Central West Atlantic region», *Annals of the New York Academy of Science*, XCVI (1962), pp. 512-38; RICHARDS, *Fighting for the Rainforest*, pp. 61-86.
30. E.F. SAYERS, «Notes on the clan and family names common in the area inhabited by the Temne-speaking people», *Sierra Leone Studies*, (o.s.) 10 (1927), pp. 14-108; Germaine DIETERLEN, «The Mande creation myth», *Africa* 27(2), pp.124-38.
31. THOMAS, *Anthropological Report*, pp.29-90; Frederick BUTT-THOMPSON, *West African Secret Societies: their organisations, officials and teaching*, (Witherby, London, 1929); James LITTLEJOHN, «The Temne house», *Sierra Leone Studies*, (n.s.) 14 (1960), pp.63-79, y «Temne Space», *Anthropological*
-

Quarterly, 36 (1963), pp. 1-17; Robert PARSONS, *Religion in an African Society* (E.J. Brill, Leiden, 1964); W.T. HARRIS and H SAWYER, *The Springs of Mende Belief and Conduct* (Sierra Leone University Press, Freetown, 1968).

32. Denise PAULME, *Les Gens du Riz* (Librairie Plon, Paris, 1954), pp. 141-205.

33. Cf. RICHARDS, *Fighting for the Rainforest*, pp.78-83.

34. Vernon DORJAHN and Christopher FYFE, «Landlord and stranger: change in tenancy relations in Sierra Leone», *Journal of African History*, 3(3) (1962), pp. 391-7; Ruth FINNEGAN, «The traditional concept of chiefship among the Limba», *Sierra Leone Studies*, (n.s.) 17 (1963), pp. 241-54; Michael JACKSON, *The Kuranko: dimensions of social reality in a West African society* (Hurst, London, 1977); Simon OTTEMBERG, «Artistic and sex roles in a Limba chiefdom», en Christine OPPONG (ed.), *Female and Male in West Africa* (Allen and Unwin, London, 1983), y «Two new religions, one analytic frame», *Cahiers d'Études Africaines*, 96, XXIV-4 (1984), pp. 437-454; Mariane FERME, «Hammocks belong to men, stools to women: constructing and contesting gender domains in a Mende village», Ph.D. thesis, University of Chicago, 1992.

35. C. Magbaily FYLE, *Almamy Suluku of Sierra Leone c.1820-1906: the dynamics of political leadership in pre-colonial Sierra Leone*, (Evans Brothers, London, 1979). Ver también FANTHORPE, «Settlements and Networks», pp. 81-120, 268-97, y «Limba 'deep rural' strategies», *Journal of African History*, 39(1) (1998), pp. 15-38.

36. «Kola» es un elemento simbólico de reconocimiento que se intercambia en toda aquella región de la costa de Guinea.

37. La esclavitud «doméstica» no fue abolida en el Protectorado de Sierra Leona hasta 1928. Ver John GRACE, *Domestic Slavery in West Africa, with special reference to the Sierra Leone Protectorate, 1897-1927* (Frederick Muller, London, 1975).

38. HARDIN, *Aesthetics of action*, pp.50-51

39. Kenneth LITTLE, *The Mende of Sierra Leone: a West African people in transition* (Routledge and Kegan Paul, London, 1951), p.176.

40. Vernon DORJAHN, «Migration in central Sierra Leone: the Temne chiefdom of Kolifa Mayoso», *Africa*, 45(1) (1975), pp. 29-49; notas al pie en la páginas 36-7.

41. RENO, *Corruption and State Politics*, 31-41; RICHARDS, *Fighting for the Rainforest*, 62-5, Shaw, «Witchcraft».

42. N.A. COX-GEORGE, *Finance and Development in West Africa: the Sierra Leone experience* (Dobson, London, 1961), pp. 70-5.

43. Ver FANTHORPE, «Settlements and networks», pp.109-117.

44. GRACE, *Domestic Slavery* (Müller, London, 1975), pp. 107-31; Walter BARROWS, *Grassroots politics in an African State: integration and development in Sierra Leone* (Africana Publishing Co. New York and London, 1976), pp. 64-97; Arthur ABRAHAM, «Fragmentation and colonialism» in ABRAHAM (ed.) *Topics in Sierra Leone History and Mende Government and Politics*, pp. 233-311.

45. Ruth FINNEGAN and David MURRAY, «Limba chiefs», in M. CROWDER and O. IKIME (eds.), *West African Chiefs: their changing status under colonial rule and independence*, (University of Ife press, Ile-Ife, 1970); Martin KILSON, *Political change in a West African State: a study of the modernization process in Sierra Leone* (Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1966), pp. 24-33, 53-67, 193-202; Christopher CLAPHAM, *Liberia and Sierra Leone: an essay in comparative politics* (Cambridge University

Press, Cambridge, 1976), pp. 75-6.

46. Vernon DORJAHN, «The changing political system of the Temne», *Africa*, 30(2) (1960), pp. 110-39.

47. F.C. TUBOKU-METZGER and H.L. VAN DER LAAN, *Land Leases in Sierra leone: a summary of leases granted under the Protectorate Land Ordinance of 1927*, Research Report n° 12 (African Studies Centres, Leiden, 1981); RENO, *Corruption and State Politics*, p.80.

48. Roger TANGRI, «Local government institutions in Sierra Leone, Part 1: district councils 1951-71», *Journal of Administration Overseas*, XVII(1) (January 1978), pp. 17-27; «Local government institutions in Sierra leone, Part 2: contemporary chiefdom administration», *Journal of Administration Overseas*, XVII(2) (April 1978), pp. 118-28.

49. Discurso presidencial en el Parlamento, 22 de junio de 1973, citado por TANGRI, «Contemporary chiefdom administration», p. 118.

50. Task Force on Local Government and Decentralisation, *Position Paper on the reactivation of Local Government and Decentralisation in Sierra Leone* (Republic of Sierra Leone, Freetown, 1997).

51. Dr. Peter TUCKER, comunicación personal.

52. Task Force, *Position Paper*, p.5.

53. Victor MINIKIN, «Indirect political participation in two Sierra Leone chiefdoms», *Journal of Modern African Studies*, 11(1) (1973), pp. 129-35; BARROWS, *Grassroots Politics*, pp. 143-242; Roger TANGRI, «Central-local politics in contemporary Sierra Leone», *African Affairs*, 77(307) (Abril 1978), pp. 165-173.

54. RENO, *Corruption and State Politics*, pp. 79-103.

55. Mariane FERME, «Staging *politisi*: the dialogics of publicity and secrecy in Sierra Leone», in JOHN L. and Jean COMAROFF (eds.), *Civil Society and the Political Imagination in Africa* (University of Chicago Press, Chicago, 1999).

56. Richard FANTHORPE, «Locating the politics of a Sierra Leonean chiefdom», *Africa*, 68(4) (1998), pp. 558-584.

57. Ver Jimmy KANDEH, «Politicization of ethnic identities in Sierra Leone», *African Studies Review*, 35(1) (Abril 1992), pp.81-99.

58. HARDIN, *Aesthetics of Action*.

59. RICHARDS, *Fighting for the Rainforest*, pp. 125-38.

60. Mahmood MAMDAMI, *Citizen and subject: contemporary African and the legacy of the late colonialism* (James Currey, London, 1996).

61. Mariane FERME, «The violence of numbers: consensus, competition, and the negotiation of disputes in Sierra Leone», *Cahiers d'Études Africaines*, 150-152, XXXVIII-2-4 (1998), pp. 555-580.